

# El muro

Altos pilares se cierran ante mí. Conectados entre sí por grandes muros. Desde siempre te enseñan a temerlos, desde nunca a apreciarlos. Una sociedad perfecta, dicen todos, encerrados en su sangrienta anarquía. Creces, tienes uno o dos hijos y ya no te necesitan. Te vuelves un solitario, la presa perfecta para los de fuera.

Estoy encerrado en una casa, escopeta en mano. Escucho pasos, se acercan. Suenan crujidos metálicos con su andar pero no son robots ni mucho menos. La voz de mi esposa suena, me dice que salga, que vuelva con ella. Dos horas ya pasaron. Si entré a las 19:30 ya debería ser seguro. Salgo de la casa y veo a mi esposa, si es que todavía puedo decir que es ella. Me siento solo como buen solitario que soy. Seguramente mi hijo esté trabajando ahora en los altos cargos, vivirá bien hasta que sepa de su infertilidad. Desde lejos veo los enormes muros del recinto. Con todas esas luces y felicidad. Ojalá pudiera volver a esos tiempos...

Camino durante horas. No sé a dónde voy, no hay absolutamente nada a kilómetros a la redonda, excepto la ceniza que vuela y me dificulta respirar. Veo luz, la cúpula del recinto se cierra, debo correr.

Me hospedo en una cabaña de madera en ruinas, está llena de ceniza y comida en mal estado. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que atravesé esa grieta en el muro, pero ya no veo el recinto. Me están saliendo canas. No he bebido ni comido en 48 horas. Sigo caminando dirección norte como los últimos 30 años.

Es de día. Escucho a mi mujer ¿de verdad me ha seguido hasta aquí este bicho? Estoy muy solo, una charlita no hace nada... Camino lentamente hacia la puerta y abrazo llorando a mi mujer mientras me atraviesa el pecho con una de sus patas. Pero estoy feliz, porque sé que nunca más estaré solo.

**2A ESO**

**DIEGO BAGNARES GOÑI**